

## *Argentina en el contexto iberoamericano: Historia de encuentros y desencuentros*

**/// Alejo Ramírez, director de la O.I.J. para el Cono Sur ///**  
**Mario Oporto, jefe de gabinete de la provincia Buenos Aires ///**

—**Alejo Ramírez**— Es un orgullo compartir esta mesa con Mario Oporto, un referente para los que trabajamos en políticas que tienen que ver con la juventud, un referente en lo que tiene que ver con la principal política que tiene que tener un país: la política de juventud.

La pregunta que todos se harán es qué es la O.I.J. La O.I.J. es la Organización Iberoamericana de Juventud, creada en el año 92 bajo la influencia del Año Internacional de la Juventud, decretado por la ONU en 1985, y la fuerza de la cooperación española. Gracias a ambos hechos, estas nuevas democracias que surgían en Latinoamérica trataban de darse un espacio para intentar comprender a esos jóvenes que había y que la dictadura perseguía y asesinaba. Se dieron cuenta de que estos jóvenes participaban, de que votaban, y así empezaron a aparecer en nuestros países, por ejemplo en Argentina, la Secretaria Nacional de la Juventud, en 1987. Igualmente, en todos los países se fueron creando áreas de juventud, que, obviamente, nacieron con pocos recursos y muchas dificultades.

La O.I.J. nace como una reunión especializada de ministros de juventud a la sombra, en algún sentido, de la reunión de ministros de educación que tenía, en el marco iberoamericano, la cumbre de Sevilla de 1992. Y allá, en la Cumbre de Sevilla, en la *Expo* de Sevilla del 92, se crea la Organización Iberoamericana de Juventud.

Del 92 a esta parte, sobre todo en los doce años siguientes, hasta el 2004, logramos que los veintidós países de Iberoamérica tuvieran un espacio de juventud. Con una diversidad generosa: el Instituto Nacional de Juventud de México, por ejemplo, cuenta con un presupuesto que puede multiplicar por doscientos el de Paraguay, cuyo Ministerio de Juventud tiene dos personas y un teléfono. La diversidad es muy grande. Destaca el caso de España, que tiene un Instituto de la Juventud muy grande, con cooperación internacional incluso. De hecho, en buena parte, la cooperación internacional del Instituto de Juventud de España (INJUVE) explica la existencia de la O.I.J. Sin embargo, otras áreas de juventud, como la de Nicaragua y Honduras, necesitan permanentemente de la ayuda de otros países y otras instituciones de cooperación para poder funcionar.

Entonces, en algún sentido, el objetivo inicial de la O.I.J. era crear estas áreas y el objetivo actual es fortalecerlas. Fortalecerlas en tres aspectos fundamentales, que tienen que ver con lo político —para que no desaparezcan, esencialmente, y para que no desaparezcan tampoco en términos de recursos—, con lo técnico —formando constantemente a sus funcionarios y además generando capacitaciones y estudios— y, por último, con el afán de cooperación. Nosotros, la O.I.J., somos una plataforma de cooperación donde buscamos permanentemente recursos en otras instituciones que, a

diferencia nuestra, sí tienen recursos para cooperar, como las Naciones Unidas, el Banco Interamericano, el Banco Mundial, la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) y otras instancias internacionales de cooperación.

La verdad es que la tarea no ha sido sencilla. Si uno analiza el resultado del que ha sido, tal vez, el paso más importante que la O.I.J. ha dado en su corta historia, el primer *Informe iberoamericano de juventud*, que hizo junto con el Centro de Estudios para América Latina (CEPAL) puede ver que, si bien nosotros hemos logrado establecer áreas de juventud, poco han hecho estas áreas. Tal vez esencialmente no sea su responsabilidad, porque con los recursos que cuentan tampoco pueden hacer mucho, pero poco han hecho nuestros gobiernos en pos de integrar e incorporar a los jóvenes a la ciudadanía de una manera integral.

El estudio, que les recomiendo que consulten, está en la página de la OIJ ([www.oij.org](http://www.oij.org)). También pueden buscar en Internet *Tendencias y urgencias*, que es el nombre del informe, y lo van a encontrar rápidamente. Es un informe muy completo, que aborda los principales polos de desarrollo de los jóvenes, como pueden ser educación, trabajo, salud, participación política y participación ciudadana.

El estudio marca diez principales paradojas de los jóvenes. Creo que su principal hallazgo es marcar claramente la paradoja en la que viven los jóvenes en Iberoamérica. Por ejemplo, el estudio marca que los jóvenes iberoamericanos son la generación mejor educada de la historia de Iberoamérica. Nunca Iberoamérica tuvo los niveles de educación que tiene hoy. No hubo nunca una generación de jóvenes con los niveles de educación que poseen los jóvenes de hoy; sin embargo, esos ocho o diez años de formación promedio que tienen hoy los jóvenes iberoamericanos no les alcanzan para tener mejores empleos que los de sus padres; no sólo tienen tasas de desocupación mayores que las de sus padres sino que, además, duplican la tasa de desempleo general. También el estudio marca que la generación actual de jóvenes iberoamericanos es la generación con mejor acceso a la salud de la historia de Iberoamérica; sin embargo, nunca los jóvenes estuvieron tan atravesados por causas externas de muerte, como pueden ser los accidentes de tránsito, la violencia, el suicidio o el abuso de sustancias. Asimismo, plantea que los iberoamericanos son los jóvenes con mayor acceso al consumo virtual. Nunca los jóvenes estuvieron —gracias a las tecnologías y a la comunicación masiva— tan cerca del consumo virtual. Sin embargo, al mismo tiempo, nunca estuvieron tan lejos del consumo real.

También plantea el informe, por ejemplo, que los jóvenes, en la actualidad, son ciudadanos globales que cuentan con una información increíble. Dudo que cuando yo tenía quince años se supiera lo que hoy se sabe en el mundo ni hubiese la información con la que uno cuenta hoy día. Sin embargo, los jóvenes de hoy están atravesados por trayectorias migratorias totalmente inciertas. El setenta por ciento de los migrantes son jóvenes, y en la mayoría de los casos son jóvenes que sufren. Sólo hace falta ver la realidad de los mexicanos en Estados Unidos o la realidad de nuestros hermanos latinoamericanos en buena parte de los países del Hemisferio Norte. Hay otras seis paradojas que les dejo como intriga, para que quizás de esa forma los motive a acercarse a esta publicación, que realmente es una base.

Si bien las políticas públicas han tenido un desarrollo institucional, un asiento institucional en nuestros gobiernos —los veintidós países de Iberoamérica tienen una institución de juventud— eso no se ha trasladado en una mejora de la situación de los jóvenes. Por eso desde la O.I.J. hemos avanzado en un documento único en sus características, el primer tratado de derechos humanos para jóvenes. Iberoamérica es el primer espacio del mundo que se da para sí un tratado internacional de derechos humanos: la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes. El primer tratado internacional de derechos humanos para jóvenes, que se viene desarrollando desde el año 98, en el encuentro internacional que los ministros de juventud tuvieron en Lisboa. Lo que busca, esencialmente, es que los jóvenes sean vistos por los gobiernos. Yo recién vengo de una reunión en la DINAJU, que es el área de juventud de Argentina, y tras una reunión de dos horas la principal reflexión que uno se hace es si el ministro de Salud, cuando va a hacer una política de, por ejemplo, prevención de VIH —teniendo en cuenta que los principales afectados por esta pandemia son los jóvenes— llama por teléfono a la Dirección Nacional de Juventud para consultar sobre cómo se debería llevar a cabo una política pública de salud sexual y reproductiva. Seguramente no lo haga. Lo mismo ocurre con el Ministerio de Trabajo y con otros ministerios; lo mismo ocurre en toda Iberoamérica. El problema fundamental que tienen las áreas de juventud en nuestros países es la falta de coordinación de políticas, la falta de articulación institucional. Los ministros de cada una de las áreas fundamentales para los jóvenes ejecutan sus acciones, en general, con una mirada muy *adultocéntrica*.

Ayer en *Página 12*, salió una nota muy interesante, de Mariana Carvajal, sobre el embarazo adolescente. Planteaba que Argentina tiene las tasas de embarazo adolescente más altas de Latinoamérica. Planteaba, además, una paradoja —una vez más las paradojas—, decía que, si bien el ochenta por ciento de los jóvenes tenía toda la información necesaria sobre el uso de anticonceptivos y conocían todos y cada uno de ellos, el treinta por ciento creía que en la primera relación sexual no había posibilidad de embarazo. El análisis que hacía la nota era que, si bien se cuenta con toda la información, ésta llega de un modo tan vertical —desde una lógica de docente, de educador a educando— que no es recibida ni incorporada por parte de los jóvenes. Lo que marca la necesidad de generar políticas públicas entre pares, donde sean los propios jóvenes los que establezcan, en espacios abiertos, acuerdos sobre esas temáticas.

El trabajo que ha hecho el Ministerio Salud es magnífico en ese sentido. Nunca en la historia de la Argentina hubo tanta información con respecto al uso de anticonceptivos. Sin embargo, si esa política no es ejecutada bajo una lógica juvenil, desde una mirada juvenil y respetando los ejes propios de participación juvenil esa política, lamentablemente, no tendrá efecto. Por eso Argentina, a pesar de ser un país con indicadores sociales por encima del resto de los estados latinoamericanos, tiene una tasa de embarazo por encima del resto.

Con esto quiero reflexionar sobre el rumbo de Latinoamérica, Argentina e Iberoamérica. Muchas veces se habla de la gran diferencia que existe en Iberoamérica con respecto a España y Portugal y el resto de los países. Nosotros tenemos claro que hay un grado de desarrollo muy superior. Sin embargo, en el caso de los jóvenes, en términos de incertidumbres, en términos de desazón, en términos de comparar la tasa de desempleo, por ejemplo, no hay tanta diferencia. La tasa de desempleo en España, en Argentina, Guatemala y Uruguay es porcentualmente la misma. La diferencia entre

desempleo general y desempleo juvenil es la misma —hay que multiplicar por dos la tasa de desempleo general para saber cuál es la tasa de desempleo juvenil—.

Entonces, en ese sentido, Argentina comparte con Iberoamérica, comparte en este caso con España y Portugal, las mismas dificultades. Los jóvenes españoles, en términos de participación política, tienen las mismas dificultades que tienen los jóvenes argentinos. Hay un plano de igualdad muy fuerte. Sin embargo, me parece que en el caso de Argentina —y celebro la realización de este encuentro llamado *Jóvenes argentinos por Iberoamérica*— la palabra «Iberoamérica» es una palabra que militamos pocos. Ojalá que cada vez seamos más.

Me parece que Argentina tiene la necesidad de recuperar una presencia destacada en esta lógica de que no sea «España más...» —como la publicidad de *adidas* «Riquelme más diez»—. Que sean España, Argentina, México... que seamos parte de una cooperación hacia nosotros mismos, hacia los que hablan, piensan y tienen una lógica cultural muy parecida a la nuestra.

Desde la O.I.J. somos conscientes de que es aún un proyecto embrionario, pero queremos sumarlos a la Convención Iberoamericana de Derechos de los Jóvenes, que nos parece un espacio y una plataforma de discusión muy importante para el desarrollo de nuestra región. La Convención, si bien es un texto que tiene sólo cuarenta y cuatro artículos, plantea puntualmente derechos bastante novedosos para las políticas públicas. Plantea, por ejemplo, la objeción de conciencia, que para Argentina es algo raro —hace rato que tenemos objeción de conciencia— pero hay países de latinoamérica que todavía no la tienen; plantea, por ejemplo, la educación sexual hacia los jóvenes, que en muchos países de Iberoamérica no existe; plantea, también, la autoimagen, el tema de la discriminación laboral, que un joven no pueda ser echado por tener un tatuaje o un *piercing*... cosas que en la Argentina, y particularmente en Buenos Aires, son motivo de orgullo de muchos de nosotros porque tenemos una legislación bastante avanzada. Sin embargo, no en toda Iberoamérica es así.

De todos modos, tampoco creemos en la lógica de escribir un texto y replicarlo exactamente igual en cada uno de los países. Nuestro gran objetivo —y es el objetivo de la Convención— es ser una referencia en términos de políticas de juventud, pero al mismo tiempo ser el inicio de un proceso para que, en cada uno de nuestros países, se dé una Ley Nacional de Juventud, donde se planteen claramente cuáles son los principios básicos para el desarrollo de los jóvenes.

Me parece que, además, Argentina vive hoy un momento muy especial —en términos de crecimiento, en términos de apertura, en términos de desarrollo— que es una plataforma ideal para marcar derechos. La Argentina, por suerte, ha utilizado cada proceso de crecimiento para sentar bases de derechos. Lamentablemente, sobre todo en la década del noventa, hubo mucho crecimiento pero no se sentaron principios de derechos básicos para el desarrollo. Por el contrario, muchos de esos derechos se llevaron al límite. Creo que este momento que vive Argentina, y Latinoamérica toda, es un momento ideal para sumar a nuestra legislación referencias específicas en términos de derechos.

Para terminar debo decir que este encuentro es para la OIJ un lugar en donde no podemos no estar, ya que aquí podemos hablar con referentes, con líderes políticos que tienen ganas de participar en unos países donde cada vez se participa menos. De verdad este encuentro es para nosotros un espacio fundamental.

—**Mario Oporto**— Estoy muy agradecido de tener esta oportunidad de charlar con ustedes, tanto con los que vienen de España como con los jóvenes argentinos que vienen de distintas provincias. La verdad es que venimos a este encuentro con el objeto de militar por Iberoamérica, una militancia que tenemos nosotros desde hace muchos años. Creo que la militancia por la identidad iberoamericana es paralela en el tiempo y en la decisión a la militancia política. Así que, para mí, hablar de este tema es hablar de la causa y del motivo estratégico de la militancia política.

Voy a hacerles una exposición, y quiero aclarar que voy a hablar desde algunas certezas que tengo. Una es que América latina, y en particular América del Sur, es una nación inconclusa, desmembrada después de las guerras de la independencia. Por tanto, esta veintena de países que nacieron tras la Independencia son producto de una derrota política y de una derrota militar. Creo, como dice el pensador argentino Jorge Abelardo Ramos, que somos un país porque no pudimos ser una nación, y que somos argentinos porque fracasamos en ser americanos. Creo que ahí está el nudo de nuestra crisis y también de nuestro destino.

Voy a hablarles de algunas tradiciones y algunas convicciones. La unidad iberoamericana o la unidad latinoamericana —ahora me voy a referir a eso, a los nombres de la unidad— puede ser construida desde distintos lugares y por distintos procesos históricos. Yo la voy a plantear desde una tradición, que es la tradición del antiimperialismo latinoamericano —opuesto a lo que sería el panamericanismo, que es la tradición de la unidad con hegemonía de Estados Unidos—. Asimismo, la lucha de la unidad americana es paralela a la lucha por el federalismo argentino, donde la unidad del continente es pensada desde lo federal. También lo voy a hacer desde otras tradiciones más contemporáneas, como el industrialismo, donde casi todos los pensadores de la unidad latinoamericana lo han hecho desde una posición de autonomía económica —por lo tanto desde el industrialismo y desde la tradición democrática—. La unidad del continente vista desde una perspectiva de democracia. Creo que para democratizar hay que industrializar, y para democratizar e industrializar hay que integrar, y esta militancia iberoamericana tiene hoy un desafío fundamental: pasar de una visión romántica de la unidad a generar políticas latinoamericanas para la unidad.

No voy a extenderme a los nombres de la integración. La palabra *Latinoamérica* o *América latina* es, tal vez, el nombre más impuesto. Tal vez no es el que define mejor el concepto —porque latinos son los canadienses pero no los jamaicanos—. Uno, si recorre la historia, va a ver que se utilizaron muchos nombres. El nombre *América latina* —si bien uno puede discutir su verdadero significado— fue el que se impuso como descripción de la América pobre, periférica o dependiente frente a la América del Norte, que es la América desarrollada, la potencia imperial. También fue usado el nombre *Hispanoamérica*, nombre restringido porque dejaba fuera de esta unidad al Brasil. Pero es bueno señalar que una tradición nacionalista hispanoamericana tuvo a Brasil como hipótesis de conflicto, no como hipótesis de integración. El nombre *Indoamérica* también fue muy utilizado, como hecho restringido, también, a los

pueblos originales. Algunos pensaron en la América mestiza, en la Patria grande... nombres tal vez más románticos. Incluso otros nombres circularon —más institucionales— como *Estados Unidos de América del Sur*, *Estados Unidos de América latina*, *Confederación sudamericana*, *Unión sudamericana*... nombres que aparecen en muchos de los documentos oficiales de la primera época de la Independencia. El 9 de julio de 1816, cuando se declara la independencia en nuestro país, no se declara la independencia argentina; se declara la independencia de América del Sur contra toda potencia extranjera, y la idea de *americano* es la nacionalidad primigenia de nuestros próceres. De esa continuidad histórica quiero hablar hoy aquí también.

Algunas referencias históricas para sustentar esta idea política:

En primer lugar, América latina es descubierta y conquistada por España. Aquí vamos a tener una larga e interesante discusión sobre el carácter de la conquista de América. En el mundo académico argentino y latinoamericano hubo mucho debate al respecto. El debate más saliente es determinar si lo que impone la conquista española de América es un modo de producción feudal o un modo de producción capitalista. Pensando desde España, está la discusión de quién conquista América, si el mercantilismo comercial y avanzado de Aragón y de Fernando, o el feudalismo Castellano de Isabel. Algunos escritores argentinos, como Rodolfo Puiggrós, piensan que América fue descubierta por Aragón y conquistada por Castilla. Si ustedes quieren, América fue descubierta por la expansión del mercantilismo capitalista en su etapa primigenia de acumulación, pero después fue conquistada por la estructura noble del feudalismo castellano. Ésta es una discusión capital, no sólo como interpretación historiográfica, sino como posicionamiento político a posteriori. España, en América, construyó, después de unos cincuenta años de conquista —conquista que generó un debate propio interno en España— una estructura estatal muy fuerte. Tan fuerte es la estructura estatal que construye España que, cuando se dan los procesos de independencia en la primera mitad del siglo XIX, los americanos heredan un Estado pero no heredan una nación.

Para el tema argentino en particular hay un libro cuyo título es una hipótesis de discusión, es de Halperin Donghi, y se llama *Una nación para el desierto argentino*<sup>1</sup>. El libro lleva a una reflexión: ver cuándo comienza la nación en Argentina y en Latinoamérica. Aquí también va a haber distintas explicaciones. Los que tengan una postura más marxista, de análisis socioeconómico, van a decir que la nación comienza con la creación de los estados nacionales a fines del siglo XIX. Otros van a plantear que la nación comienza cuando se da el proceso de independencia, entre 1810 y 1850, periodo en el que coinciden las guerras civiles y de independencia. Hay quien cree que la nación es anterior a ese proceso, que esta nación hispanoamericana era mucho más amplia que el territorio americano y que, por lo tanto, el proceso de independencia es un proceso que embarca a España y que genera en América una guerra civil similar a los enfrentamientos políticos que se están dando en España. En América, españoles revolucionarios junto con criollos revolucionarios luchan contra españoles absolutistas unidos a criollos absolutistas. Esta discusión es fundamental para pensar el origen de nuestra nacionalidad y de nuestra cultura.

---

<sup>1</sup> Tulio Halperin Donghi proporciona en este libro no sólo una agudísima clave de lectura de las ideologías que presidieron el debate sobre la nación argentina, sino también un modelo de trabajo historiográfico para disciplinas como la historia cultural y la de los intelectuales.

Vamos a dar algunos datos para tener una visión más fuerte del conjunto americano. Primero de todo ¿Qué es lo que llamamos América latina? Son dos grandes bloques geopolíticos o geográficos. Por un lado, América del Norte —lo que sería el extremo norte de América latina— que tiene su eje, fundamentalmente, en México, pero que es América, México, los territorios que Estados Unidos le robó a México —le robó el cincuenta por ciento del territorio a mediados del siglo XIX— Centroamérica y el Caribe. Un Caribe que es hispanoparlante, angloparlante, latino, francés y holandés en la mezcla de sus características. La otra masa geográfica y política es lo que algunos autores llaman la isla sudamericana, Sudamérica. Los dos ejes fueron organizados por el imperio español. El imperio español fue un imperio andino y minero. El imperio portugués fue un imperio atlántico y de plantaciones. El imperio español fue un imperio volcado sobre el pacífico, en el eje andino, y desde ahí incorporó a las tierras marginales, a las periféricas. Las dos ciudades más importantes de esas tierras periféricas fueron Caracas y Buenos Aires. De Caracas y Buenos Aires salieron los dos grandes libertadores: Bolívar y San Martín. De esas tierras periféricas, incorporadas marginalmente al imperio minero español, cuyo eje era Lima —porque todo giraba alrededor de Lima— van a nacer los ejércitos libertadores. Los ejércitos libertadores, nacidos y salidos de Caracas y de Buenos Aires, van a resolver el tema de la independencia en Lima y en el alto Perú. En Lima y en Ayacucho, es decir, en el nudo minero alto peruano: Lima.

Es bueno recordar, para nosotros los latinoamericanos y para los argentinos en particular, que nuestra capital fue Lima durante casi doscientos años. Nosotros fuimos dependientes de Lima entre mediados del siglo XVI —1570, por poner una fecha a un proceso complejo como fue la conquista— hasta 1770-1776, cuando se fundó el Virreinato del Río de la Plata, que puso como capital a Buenos Aires. Vean que hemos dependido de Lima casi en manera idéntica como de Buenos Aires. Si hubiese triunfado la idea del gobierno de Alfonsín de crear una nueva capital en Viedma, este Buenos Aires también hubiera cumplido unos doscientos años como capital de estas tierras, igual que Lima. La guerra de la independencia va a desmembrar lo que eran estructuras políticas de unidad heredadas del gobierno español. El Virreinato del Perú primero, después los dos virreinos: el Virreinato del Río de la Plata y el Virreinato de Nueva Granada, las capitanías de Chile y de Venezuela fueron dando lugar a las principales ciudades. Éso es la Hispanoamérica sudamericana que hoy conforman nueve países: Argentina, Paraguay, Uruguay y Bolivia —que formaban el virreinato del Río de la Plata—, Chile —que era una capitanía general muy unida a este territorio—, Colombia, Perú, Ecuador y Venezuela. Del otro lado está el bloque lusoamericano, conformado por un solo país, Brasil. Entre ese bloque de nueve países hispanoparlantes, que equivalen en cantidad de habitantes y en volumen al único país del otro bloque, Brasil, formaríamos en América del Sur lo que denominamos Iberoamérica.

Surge una pregunta: ¿Hay tradición iberoamericana?, ¿es un esfuerzo, una invención?, ¿hay tradición iberoamericana en este proceso histórico? Nosotros podemos decir que Portugal y España se dividieron este territorio. Lo dividieron por el tratado de Tordesillas<sup>2</sup>, que fue a afianzar algunas bulas papales, y que era una línea imaginaria con la que ambos se repartían el territorio de este supuesto continente que tenían que

---

<sup>2</sup> Se conoce como **Tratado de Tordesillas** el compromiso suscrito en Tordesillas (España) el 7 de junio de 1494 entre Isabel y Fernando, reyes de Castilla y Aragón, y Juan II, rey de Portugal, en virtud del cual se establecían un reparto de las zonas de conquista y anexión del nuevo mundo mediante una línea divisoria del océano Atlántico y de los territorios adyacentes.

ocupar. Hay un dato que es claro: la península ibérica estuvo unida, entre 1580 y 1640. En ese periodo, que se inició con Felipe II, hubo unidad durante sesenta años en la península. En esa etapa de sesenta años se consolidó institucionalmente el imperio americano y hubo, por primera vez, política latinoamericana con la corona unificada. Hubo tal política americana que, en 1580, en el mismo año de la unificación, se funda Buenos Aires por segunda vez. La funda Garay, que viene del Paraguay; es una fundación del propio origen americano. Buenos Aires es una ciudad de portugueses, con españoles, por supuesto, pero una ciudad mercantil del atlántico portugués. Toda la ocupación del Amazonas, que es empujar la línea de Tordesillas hacia el centro, la corona española la decide hacer—con lógica y sentido común— desde los puertos brasileros y no desde las ciudades españolas. Ahí hay un hito de unidad de la América de Sur ibérica. El primer hito de la unidad. Después de 1640, durante doscientos años, la relación entre la América lusitana y la América hispana fue de conflicto. Recién en el siglo XX vuelve a replantearse la idea de unidad.

¿Por qué pensamos en la unidad? Política latinoamericana hubo entre 1580 y 1640, con la unidad de la Península ibérica, y vuelve a haber a mediados del siglo XX, con los gobiernos nacionales y populares de Vargas, Perón e Ibáñez. Digo geopolítica, no romanticismo de unidad latinoamericana —que lo hubo y que voy a reivindicar, porque creo que las ideas siempre se anteponen a los hechos políticos—. Hay política cuando, aparte de la idea, están los caminos concretos para llevarla adelante. ¿Por qué la necesidad de la unidad? ¿Por qué este desafío tan interesante que este encuentro plantea? Yo ayer escuchaba a Borja hablar de la unidad europea, de la experiencia española en la Comunidad Europea, y de esta necesidad de traspasar esa experiencia para lograr la unidad de Iberoamérica; de Iberoamérica con la península ibérica y, a través de ella, la relación de América con la Unión Europea.

¿Por qué esta necesidad estratégica? En primer lugar, porque estamos ya en la era de las unidades continentales. Ustedes miren: la creación de los grandes estados nacionales se da en el siglo XIX. A principios del siglo XIX se da la consolidación de dos estados nacionales industriales poderosos: primero Inglaterra, después Francia. En la segunda mitad del siglo XIX se da la unidad territorial, nacional e industrial de otros dos estados nacionales: Italia y Alemania. A esos cuatro hay que agregarles dos estados nacionales e industriales más, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, uno en Asia (Japón); el otro en América (Estados Unidos). Esos cuatro estados europeos están formando, a través de la Unión Europea, otro Estado continental. Rusia, a través de la Unión Soviética, hizo otra experiencia de Estado continental. Hoy el objetivo de América latina, o de Iberoamérica, es la unidad. El objetivo es la unidad por algunos elementos que quiero destacar. Y aquí paso del romanticismo a la política.

Hubo política en las primeras etapas de la Independencia. En general, cuando pensamos en unidad americana, nos vienen a la mente San Martín, Bolívar, Artigas, José Martí... pero quiero rescatar que hay toda una tradición argentina de pensamiento de la unidad americana en Morén, en Belgrano, en Funes, en Felipe Varela, en Ricardo López Jordán... y en el más prolífico productor de pensamiento de la unidad latinoamericana, que es, en nuestro país, el casi desconocido Manuel Ugarte. También Alberdi, Castelli, Sarmiento... y la juventud del novecientos: Alfredo Palacios, Ricardo Rojas... Hay toda una tradición que los argentinos tenemos que rescatar, porque nada se construye si no es desde la continuidad. Nada se construye si no es desde la rica y orgullosa tradición de un pensamiento propio. Porque otro gran desafío de la unidad

iberoamericana es tener pensamiento propio. No necesitamos pensamiento ajeno que nos ayude a pensar esta región.

Después de la guerra de independencia la unidad es estratégica, porque está vinculada a la justicia social y a la soberanía. Uno de los principales próceres de la historia Argentina, Moreno, hizo su tesis de doctorado, en Chuquisaca (Bolivia), sobre la servidumbre indígena. Moreno parte de la justicia social, de la servidumbre indígena, y sabe y plantea que no hay posibilidad de liberar al indígena si no hay independencia. Pero no hay posibilidad de independencia si no hay unidad. Este modelo de soberanía y justicia; este modelo de independencia más unidad más justicia social es la materia fundante de este proceso. Castelli, cuando llega al alto Perú, lo primero que hace es liberar a los indígenas, San Martín libera esclavos durante su lucha... Estos pensadores son derrotados a mediados del siglo XIX, y la consecuencia de la independencia es el nacimiento de las nacionalidades pequeñas —de la chilenidad, de la argentinidad— acompañadas de sistemas educativos que forman para pensar desde las pequeñas nacionalidades. Aparecen entonces el rito, los próceres y el vecino como enemigo. El vecino como hipótesis de enemigo, no como hipótesis de construcción de una nación independiente. Esto se va a dar en la segunda mitad del siglo XIX. Yo digo como Metol Ferrer: lo que nace en la segunda mitad del siglo XIX son las *polis* americanas, es decir, las ciudades-Estado agroexportadoras. Más que las repúblicas argentina, chilena o uruguaya lo que nace es la República de Buenos Aires, la República de Santiago de Chile, la República de Montevideo o la República de Lima con su área agrominera exportadora, donde cada nación independiente —entre comillas— tiene más relación con el Imperio que entre sí. Y los ejércitos que pelearon juntos por la liberación, lo que hacen es pelear entre sí por las fronteras ficticias de una nacionalidad también ficticia. Este proceso culmina con la guerra hispanoamericana de 1898, con la independencia falsa de Cuba, que pasa de ser colonia española a ser colonia de Estados Unidos, en un momento en que Estados Unidos ha decidido hacer del Caribe su mediterráneo, su *mare nostrum*. 1898, año en que nacen la Ford y la United Fruit Company y donde comienza la era del imperialismo moderno en América latina.

Frente a este imperialismo norteamericano, nace la más rica, intelectualmente, de las generaciones románticas de la unidad americana. Junto a Manuel Ugarte, Ricardo Rojas o Alfredo Palacios, toda América latina va a tener pensadores de gran calibre. El hito más alto de este proceso es la reforma universitaria de Córdoba, en Argentina, de 1918, que se expande por toda América latina y da lugar a la formación de movimientos políticos estudiantiles que tienen su mayor exponente en la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en Perú.

Digo esto porque también quiero señalar que todo el proceso de unidad de Iberoamérica no se va a poder hacer si no se hace desde la juventud; si no se hace desde la movilización de la juventud. Porque eso es la mayor tradición que tiene América latina, la que tuvo en el congreso de estudiantes de 1908, en la reforma del dieciocho y en las juventudes de los setenta. Si no hay movilización militante y convincente de la juventud no va a haber unidad de América latina. Esto implica reformas educativas, debate universitario, unidad de los movimientos estudiantiles y universitarios, difusión y discusión...

Toda esta oleada, que resumo muy rápidamente, es la oleada del antiimperialismo norteamericano de la primera mitad del siglo XX. Oleada que también se da con la idea de unidad, independencia y justicia social del socialismo de principios del siglo XX. Lo que pasa es que los mejores pensadores latinoamericanos pensaron, con corrección, que no iba a poder haber una sociedad más justa si no había independencia y unidad frente al imperialismo moderno. Para eso había que industrializar, y para eso había que unirse.

El segundo hito de política latinoamericana fue a mediados del siglo XX, con el intento de unidad de Perón, Vargas e Ibáñez de formar el ABC (Argentina – Bolivia – Chile). Fracásó, pero quedó relatado en un discurso memorable de Perón, en la Escuela de Guerra en noviembre de 1953. Esa idea era una idea de estrategia política, no de romanticismo cultural. No hay posibilidad de generar igualdad y justicia en nuestras sociedades si éstas no se independizan. Pero ésta no puede independizarse si no se industrializa; ahora, no hay industrialización posible si no es ampliando el mercado interno, y el mercado interno sólo se amplía si se logra la unidad. Perón, cuando planteaba la industrialización a Ibáñez exponía que la unidad posibilitaba una realidad de despegue industrial necesaria para crear un capitalismo que ampliara el mercado interno. Es decir, el mismo fenómeno que se da en la unidad europea.

Esto lleva a algunas conclusiones. En primer lugar, la unidad iberoamericana va a ser gradual. Por eso es importante el Mercosur, y por eso es importante la Comunidad Andina. El fortalecimiento de ambos acuerdos va a lograr la primera unidad. En esa unidad es fundamental la relación de Brasil y Argentina. Si Brasil es una hipótesis de conflicto para Argentina —o al revés— no habrá unidad en el continente. Lo que significaron Francia y Alemania en la tradición europea lo tienen que significar Argentina y Brasil para la unidad sudamericana. Ojo, digo Brasil y Argentina para la unidad sudamericana, no para la unidad de ellos mismos —esto tiene que quedar claro—. El caso es que no hay posibilidad de otra alianza primaria. Toda alianza primaria que no sea en base al bloque primero de aglutinación —que es Brasil y Argentina— sería una anexión. Hay una tradición de unidad vinculada al nacionalismo de derecha en la Argentina que es la idea de unidad a partir de la supremacía. Nosotros, sin embargo, planteamos la unidad a partir de la integración; de integrar lo desintegrado; de reintegrar lo que alguna vez estuvo integrado y se desintegró. Por tanto, es estratégica la unidad de Brasil y Argentina y, junto a ella Paraguay, Uruguay, Chile... Además, Argentina, paralelamente, puede por tradición —no por supremacía— liderar la unidad de los países hispanoparlantes.

La unidad de Iberoamérica se va a poder dar, y eso, más México, va a generar la unión de este continente, en la cual está el destino de sus pueblos. La unidad es estratégica para la etapa próxima, la de los grandes bloques de poder: Estados Unidos, la Unión Europea, la India, Rusia, China... América latina o queda fuera en su pequeñez —con sus pequeñas ciudades–estados, con uno o dos productos de exportación, con sociedades injustas, desequilibradas y duales— o se integra para poder llevar adelante una nación unificada con justicia social. Es una construcción difícil; es una construcción política que implica difundir, persuadir, educar, debatir y construir desde la paciencia —la historia es la práctica de la paciencia—. Los argentinos bien podemos hablar de la paciencia: en 1810 formamos el primer gobierno patrio y tardamos cuarenta y tres años en redactar una constitución, ciento dos años en tener una ley electoral y ciento cuarenta años para que votaran las mujeres. La historia es, ciertamente, una construcción de la paciencia. Pero construir grandes cosas es lo único que vale la pena

de la política, este es el objetivo fundamental. Para eso hay que difundir; hay que decir que somos parte de una tradición de pensamiento, de una tradición política; decir que la unidad iberoamericana no es una utopía ni un invento de ahora, pues estamos tratando de integrar lo que ya estuvo integrado, y lo estuvo también con Portugal y España.

El que haga antihispanismo, en el fondo, lo que está haciendo es renegar de la más profunda y popular de las tradiciones argentinas, y está haciendo el juego a quienes siempre trataron de que fuésemos colonias del mundo anglosajón. Por supuesto que tuvimos contradicciones con España, las mismas contradicciones que tuvo España en sí misma —porque la invasión napoleónica generó dos Españas, la España absolutista y la España liberal; la España revolucionaria y democratizante y la España autoritaria y retrógrada—. Esta pelea se trasladó a América, y a las Cortes liberales y revolucionarias de Cádiz de 1812 también fueron diputados americanos. Uno de ellos fue el Inca Yupanqui, diputado del Perú, que dijo en las Cortes de Cádiz: «Un pueblo que oprime a otro no merece ser libre». Por lo tanto, la libertad de España estaba vinculada a la libertad de América y el proyecto era uno solo. Eso es lo que yo quiero mirar con ustedes; militar porque Iberoamérica, lo iberoamericano, implica la unidad de nuestro continente y la relación con la comunidad europea desde España y desde Portugal, en lo que es un proyecto histórico en común con estos países.